

Indias; de este modo las acciones de las Monedas fueron «nietas.»

Esto motivó una nueva alza de todos los valores del Sistema. El palacio Mazarino, domicilio de la Compañía, situado en la calle Vivienne, rebosa de subscriptores; día y noche «su falange apretada avanza hacia la oficina de cambio como una columna compacta» que arrostra el hambre y la sed. Los franceses han llegado hasta el punto de desdeñar por el papel el oro, la plata y la propiedad: «Todo el mundo había perdido la cabeza,» dice Saint-Simón, «y los extranjeros envidiaban nuestra felicidad y no omitían nada para participar de ella. Los mismos ingleses, tan hábiles, tan consumados en bancos, en compañías, en comercio, se dejaron seducir y de ello se arrepintieron.» Compradas á 1.000 libras en julio, las acciones valían 5.000 en agosto y 10.000 en octubre, alcanzando de este modo veinte veces su valor nominal de 500 francos y cuarenta veces su valor en dinero; y por una consecuencia natural todo el papel del gobierno subió y los billetes de Estado llegaron á la par y aún lograron prima.

Y sin embargo, ¿qué productos ofrecían las acciones á los accionistas? En una junta que se celebró en julio de 1719, Law declaró que, á partir de 1.º de enero de 1720 se distribuirían á los accionistas dos dividendos de 6 por 100 al año, es decir, de 12 por 100 de su capital, ó sean 60 libras por acción. Ahora bien: por sus ingresos en rentas, sus primeros beneficios de comercio y sus ganancias sobre el arriendo de tabacos, la Compañía sólo podía responder del 3 por 100; de manera que descontaba ya el producto de la fabricación de las monedas, que evaluaba en seis millones, y el de las operaciones comerciales, apenas iniciadas, en el Senegal, en la Luisiana, en Madagascar y en las Indias, y sobre todo descontaba los beneficios considerables que pensaba obtener de los Arriendos generales que le habían sido adjudicados por decreto de 27 de agosto de 1719. Efectivamente, no tardó en introducir en estos últimos modificaciones útiles, confiando la administración de los Arriendos á treinta directores de capacidad y moralidad reconocidas, y suprimiendo los subarrendadores, pequeños tiranos detestados por los contribuyentes, merced á cuales medidas podía esperar un aumento de ingresos para sus accionistas.

Law era un perpetuo emprendedor de novedades. Depositario de la riqueza metálica de los franceses, dueño de su comercio y de una parte de sus impuestos, propúsose reembolsar la deuda pública. Como la multiplicidad de los valores en papel hacía bajar la tasa del interés y como los particulares se aprovechaban de ello para pagar sus deudas, creyó que el Estado podía también satisfacer las suyas, ó mejor ofrecer á sus acreedores una colocación que fuera de mayor atractivo que la renta.

«La renta, decía, tiene la comodidad de que ni nos quita tiempo ni exige nuestros cuidados; pero tiene, en cambio, el inconveniente de no poder aumentar como los bienes de la industria. Las acciones participan de la comodidad de las rentas y de las ventajas de la industria; los rentistas, ocupados en negocios más importantes ó más agradables, al convertirse en accionistas, no tendrán el cuidado de hacer valer sus fondos sobre la Compañía, y gozarán tranquilamente del fruto de

todo el trabajo que se realiza en el reino, en el comercio, en la banca y en la hacienda pública.»

Lanzado ese proyecto seductor, Law pone inmediatamente manos á la obra.

Calcula que emitiendo 240.000 acciones nuevas al tipo alcanzado por las ya emitidas, es decir, á 5.000 libras, puede recoger 1.200 millones, cantidad que ha de prestar al rey y que servirá para extinguir la mayor parte de la deuda pública. Esta vez no exigirá á los subscriptores «madres» ni «hijas» ni «nietas,» porque ya no es necesario excitar el entusiasmo del público.

Hácese tres emisiones, en 13 y 28 de septiembre y en 20 de octubre; pero en vez de 240.000 acciones, emite Law 300.000 y hace regularizar la operación por un decreto del Consejo, dando como razón que la deuda en rentas y el precio de los empleos que quiere reembolsar pueden calcularse en 1.500 millones. Las acciones eran pagaderas en diez entregas iguales de 500 libras cada una. El público se disputó con afán prodigioso esos títulos que, en opinión general, conducían directamente á la fortuna.

Law acabó de hacerse dueño del Estado suprimiendo los recaudadores generales y reembolsándoles su «hacienda;» el dinero recogido por los recaudadores de las tallas había de ingresar directamente en el Tesoro, y el rey, no teniendo que pagar á aquéllos el descuento de los cinco dineros por libra y el interés de sus anticipos, ganó muchos millones.

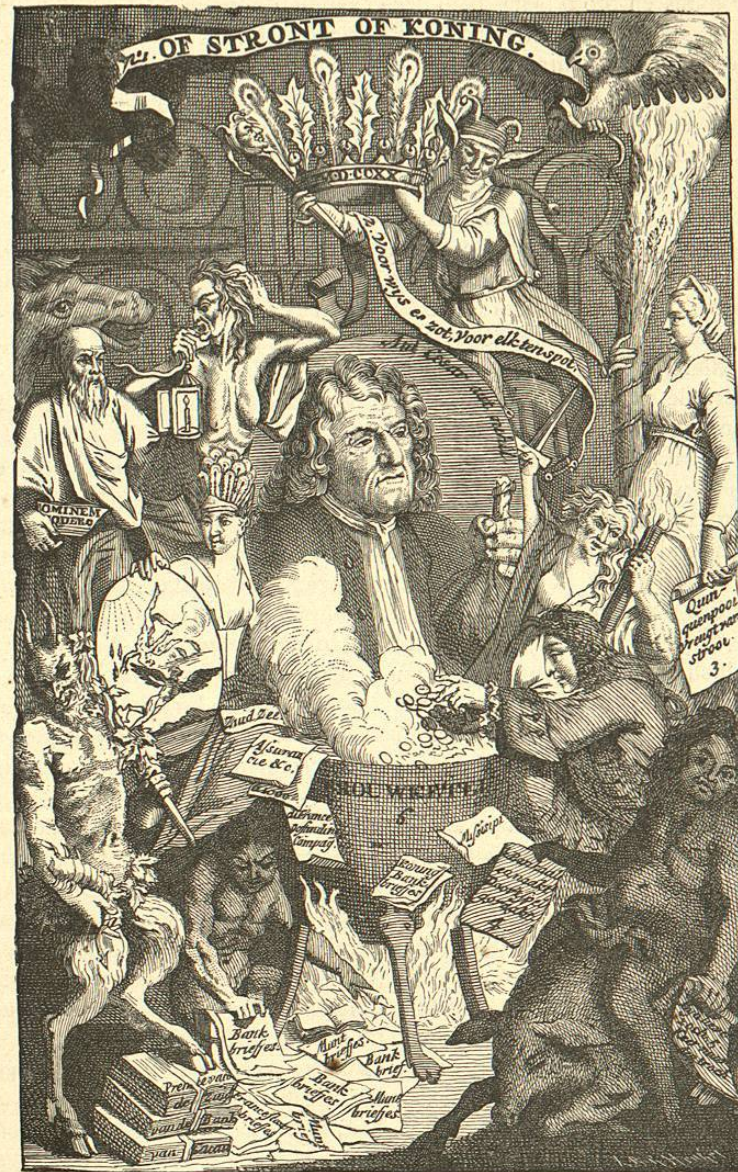
Las acciones se cotizaban á 10.000 y á 12.000 libras, pero como era imposible asegurar á un capital tan elevado un dividendo razonable, muchos tenedores pensaron en venderlas. Law, sin embargo, estaba resuelto á no dejar que bajasen; hizo comprar, vender y volver á comprar sus propias acciones y luego fijó arbitrariamente el interés de los títulos. De las 624.000 acciones lanzadas al mercado deducía las 200.000 pertenecientes al Estado y á la Compañía, que no debían percibir interés alguno, y entre las 420.000 restantes repartía el ingreso de la Compañía, que estimaba en 91 millones, á saber: renta pagada por el Estado, 48 millones; beneficios sobre los Arriendos generales, 12; sobre las monedas, 12; sobre el comercio, 12; sobre el tabaco, 6; y sobre los ingresos generales, 1. Y á cada acción prometió 200 libras.

Esto ocurría en 30 de diciembre de 1719, y en 5 de enero de 1720 Law hizo restablecer para él la Intervención general, á cual fin habíase convertido del protestantismo al catolicismo. Las acciones, todas las cuales eran designadas con el nombre de «Mississippi,» subieron entonces al tipo fabuloso de 15.000 y 18.000 libras, y Law, según dice Saint-Simón, vióse «asediado en su casa por suplicantes y suspirantes que le pedían acciones y vió forzadas sus puertas y entrar gentes por las ventanas y caer en su despacho por la chimenea.»

En 22 de febrero de 1720 fusiona el Banco y la Compañía; la situación que con esto se creó es fácil de suponer. El Banco es un servicio financiero público y la Compañía tiene á su cargo la percepción de los impuestos, y uno y otra están bajo la autoridad y vigilancia del contralor general. La vigilancia es evidentemente ilusoria y Law es dueño de la fortuna pública. Nadie se resiste ya; el mismo Argensón se somete; las damas más ilustres hacen la corte á la esposa de Law; su hijo

es admitido en el baile del rey, y su hija es objeto de las atenciones del nuncio. Se establece en Francia como para no moverse más de aquí, y adquiere los palacios de Mazarino, de Rambouillet y las tierras de Guermante en Brie, de Roissy, de Domfront, de Saint-Ge-

ciones, fué el punto de cita de compradores y vendedores; hubo oficinas en los subterráneos, en miserables tenduchos y hasta en los tejados, y á ella acudió una extraña muchedumbre: hidalgos, golillas, menestrales, hombres del pueblo, frailes, doctores de la Sorbona,



Grabado satírico holandés representando á Juan Law

main, de Mercœur, de Effiat y de Tancarville. Muy pronto, sin embargo, iba á aparecer ante los ojos de todos el inmenso peligro que bajo esa fantasmagoría se ocultaba.

IV.—Violencia de Law y fin del Sistema.

En la callejuela de Quincampoix, cerca de la calle de los Lombardos, en el centro del barrio más comercial de París, funcionaba una bolsa formada para la negociación de los valores. Aquella callejuela, habitada desde muy antiguo por banqueros y judíos, habíase convertido, á principios del siglo, en el mercado de papeles creados para sostener la guerra de Sucesión de España, y apenas hubo Law emitido sus primeras ac-

especuladores, mujeres de vida alegre, tontos y bribones, gentes de todos los países, parisienses, gascones, delineses, saboyanos, ingleses, holandeses y alemanes se estrujaron en ella durante meses, en medio de gritos, risas é insultos. Para vigilar aquel tumulto fué preciso instalar todas las mañanas pelotones de soldados en los dos extremos de la calle, y para impedir que los arrebatados pasasen allí la noche hubo que poner unas verjas que se cerraban á las nueve y no se abrían hasta las seis de la mañana.

En aquel mercado de la calle de Quincampoix operó el inevitable y terrible enemigo de Law, el «realizador.» Varios príncipes de la sangre dieron el ejemplo: el príncipe de Conti llevó todo su papel en carros al palacio Mazarino y se llevó 14 millones en especies; y el duque

de Borbón, á su vez, retiró también, según parece, 20 millones en dinero. Prodióse el pánico y la especulación se puso á la baja.

Entonces Law hizo la guerra á los adversarios del papel, á los metales preciosos: un decreto de 27 de febrero de 1720 prohibió á los particulares guardar en sus casas más de 500 libras en oro ó plata, bajo pena de confiscación y multa; ordenáronse visitas domiciliarias y se fomentaron las denuncias: el dinero depositado en casa de los notarios ó en las cajas públicas, como la Caja de las Consignaciones, fué confiscado y substituído por papel; y en virtud de la declaración de 18 de febrero de 1720, los plateros no pudieron vender ningún objeto de oro cuyo peso excediese de una onza; ni ninguna pieza de plata para la mesa y se vieron obligados á no fabricar más que cruces para arzobispos, obispos, abades y abadesas y para caballeros de las órdenes del rey, cadenas de oro para los relojes y vasos sagrados. Como dice Saint-Simón, el Estado acometió la empresa sorprendente de persuadir á los franceses «de que desde Abraham, que pagó al contado la sepultura de Sara,» el mundo había vivido en «la ilusión y en el error más burdos respecto de la moneda y de los metales con que se fabrica.» Muchos obedecieron, haciendo llevar su numerario al Banco; pero muchísimos más lo exportaron al extranjero ó lo escondieron, y la circulación del metálico disminuyó en proporciones enormes.

Empeñado en una lucha contra lo imposible, Law llegó á querer imponer á las acciones un precio determinado que, en 5 de marzo de 1720, fijó en 9.000 libras, y anunció que se abriría en el Banco un despacho para cambiár, á voluntad, una acción por 9.000 libras en billetes, ó 9.000 libras en billetes por una acción. Como por medio de sus edictos había asegurado el valor de los billetes, creyó que aseguraba la suerte de las acciones uniéndolas á éstos; pero lo que hizo fué desacreditar los billetes del mismo modo que había desacreditado las acciones.

Para salvar el billete prosiguió su campaña contra la moneda metálica, y á pretexto de hacer bajar el precio de las mercancías, de sostener el crédito, de facilitar la circulación y de aumentar el comercio, una declaración de 11 de marzo anunció que la moneda de oro dejaría de tener curso en 1.º de mayo y la de plata á fin de año. Pero era una insensatez querer dar un valor inmutable á la acción, y más insensato todavía querer reconquistar la confianza en el papel moneda por medio de la proscripción del numerario; y con razón se han comparado los esfuerzos desesperados de Law con los movimientos convulsivos del hombre que se ahoga.

Law cerró, en 22 de marzo, la calle de Quincampoix como si por su mandato debieran los especuladores dejar de especular; pero compradores y vendedores, después de haberse reunido primeramente en la calle de Vivienne, cerca del Banco, para negociar su papel despreciando los sables de los arqueros, adoptaron la costumbre de juntarse en la plaza de las Victorias, Law se resignó á no molestarles más, y en aquel sitio se instalaron tiendas de campaña para el agiotaje, para los juegos de naipes y las loterías de alhajas, para el servicio de comidas y refrescos y para los vendedores de muebles; y la sociedad elegante dióse cita allí para

jugar, divertirse ó curiosear. En vista de que aquel alboroto molestaba al canciller, que tenía su palacio en la plaza de las Victorias, un gran señor, el príncipe de Carignán, propietario del palacio de Soissons, situado en donde hoy se levanta la Bolsa de Comercio, hizo promulgar una ordenanza por la cual, á pretexto de asegurar la policía del agiotaje, fueron prohibidas todas las operaciones de bolsa que no se realizaran en los jardines de su palacio. El príncipe instaló 700 ó 800 barracas «limpias y pintadas,» dice Barbier, cada una con una puerta y una ventana «y un número encima de la puerta,» y las alquiló á banqueros, cambistas y especuladores, quienes las convirtieron en oficinas; todo aquello había de producirle, según parece, 500.000 libras al año, pero aquella ganga debía durar poco (1).

Law alimentaba todavía esperanzas. Propúsose colonizar la Luisiana, y la Compañía repartió con profusión reclamos en los que describía montañas llenas de metales preciosos, salvajes dispuestos á trocar lingotes de oro y de plata por vulgares mercancías europeas, mujeres natchez que trabajaban la seda y rocas de esmeralda descubiertas en el Arkansas. Buscó colonos en Suiza, en Alemania y en Italia, y fundó con los que acudieron á su llamamiento cuarenta aldeas á razón de veinte familias por aldea, y concedió á cada familia doscientas ochenta arpentas de tierra. En Francia encontró algunos voluntarios, pero el mayor contingente se lo proporcionó por alistamientos forzosos de vagabundos recogidos en las calles de París ó de malhechores sacados de las cárceles á quienes casaba con mujeres de vida airada, algunas de las cuales prefirieron hacerse matar antes que embarcarse. Después, los hospitales proveyeron de expositos de ambos sexos, viéndose partir para Ruán ó La Rochela á las muchachas en carretas y á los chicos á pie y encadenados por parejas. Algunos párrocos dieron la lista de los «gandules» de sus parroquias á los arqueros reclutadores; el teniente de policía prendió á todos los oficiales y aprendices que no presentaban un certificado semanal librado por los jurados de las comunidades de artesanos ó por los maestros de los oficios en que constase que estaban empleados; y á ciertas familias de cada tres hijos se les tomó uno, y de cada tres hijas hasta dos, infelices niños de nueve á diez años, para enviarlos á la Luisiana. En 1720 se crearon dos compañías especiales de recontadores de colonización á quienes el público llamaba los Bandoleros del Mississipi, á causa de la bandolera de la que llevaban pendiente el moquetón. Cuéntase que mediante algún dinero dado á esos miserables, fué posible hacer prender y expedir á tierras lejanas á un enemigo. Estos horrores excitaron la indignación pública.

Entretanto, sucedíanse las señales del fin de aquel estado de cosas. Un decreto de 21 de mayo de 1720 llevó de nuevo y repentinamente las acciones al tipo de 8.000 libras y anunció que desde 1.º de julio á 1.º de diciembre serían reducidas á 5.000, á razón de 500 li-

(1) Desde entonces no se permitió negociar papeles públicos sino con intervención de agentes de cambio, cuyos empleos fueron convertidos, por decreto de 30 de agosto, en comisiones, y ya no hubo más bolsa legal ni bolsa tolerada. Los agentes de cambio, para celebrar sus contratos, estaban obligados á darse cita en sus despachos.

bras al mes; al mismo tiempo los billetes habían de perder la mitad de su valor nominal. Al enterarse de esto el Parlamento formuló representaciones, el público se exasperó y los vidrios del palacio de Mazarino fueron hechos añicos á pedradas. El Regente, dominado por el miedo y temeroso de una sedición, hizo pedir, en 29 de mayo, á Law su dimisión de contralor general; pero dos días después, merced á la intervención del duque de Borbón y de los amigos de Law, que tenían que las acciones y los billetes aún bajarían más de prisa sin él que con él, el Regente volvió sobre su acuerdo y Law recobró el poder, aunque no como contralor general sino como consejero de Estado de espada, intendente general del Comercio y director del Banco. El día 3 de junio, Law hacía redactar por la Compañía el balance de la situación, revocaba la prohibición de guardar en casa más de 500 libras de numerario, renunciaba á reducir progresivamente las acciones y trataba de disminuir el número de billetes. Mas á pesar de todo, la baja continuaba.

Los portadores de billetes agolpábanse en gran número á las puertas del Banco á fin de cambiar billetes de 100 libras por diez billetes de 10, que unos comisionados reembolsaban en especies dos días á la semana, miércoles y sábado, días de mercado. Para llegar á la caja del Banco entrábase en el palacio de Mazarino por la calle Vivienne, se atravesaba un jardín y «se pasaba por un corredor de siete á ocho toesas entre la pared y una barricada de madera. Los obreros robustos, para tomar un sitio mejor se encaramaban á la barricada y se lanzaban temerariamente en medio de la multitud; los débiles caían y eran pisoteados y aplastados.» El 3 de junio de 1720 murieron en el Banco dos hombres y dos mujeres asfixiados y salieron á relucir los aceros; del 16 al 17 hubo quince asfixiados; y el 3 de julio, tres hombres y dos mujeres. En este último día las puertas del palacio fueron apedreadas, en vista de lo cual salieron soldados con la bayoneta calada, resultando muertas ó heridas muchas personas. Un decreto autorizó al Banco á no pagar en dinero más que 10 libras á un mismo individuo; entonces multiplicáronse las demandas y en 17 de julio unas quince mil personas invadieron la calle Vivienne, en donde antes de las cinco habían muerto asfixiados quince sujetos. La multitud llevó los cadáveres en parihuelas delante del Palacio Real, al Louvre y delante de la casa de Law, en la que fueron rotos todos los vidrios. Algunas horas después, Law, asaltado en su carruaje, sólo pudo salvarse gracias á la ligereza de sus caballos. Duclós se asombra con razón de que el Regente y Law, tan detestados, no perecieran entonces trágicamente.

Al mismo tiempo hacía estragos el alza de los artículos que se prestaban al acaparamiento: el pan, las legumbres, la carne, las aves, las velas, la manteca, la cera y el café alcanzaban precios altísimos; el pan se vendía á cuatro y hasta cinco sueldos la libra, la manteca á 25 sueldos, el café á 50 y la carne á 15 y una gallina costaba tres libras, precios que, según parece, han de cuadruplicarse para estar en parangón con los de nuestros días. Law hizo comprar bueyes y vender carne al pormenor á fin de calcular su coste, y como consecuencia de ello impuso una tasa á los carniceros de París; además, autorizó á los carniceros del campo

á traer sus carnes á los mercados, pero el abastecimiento se hizo mal porque los negociantes no quisieron cobrar en billetes.

No hubo más remedio que declarar la bancarrota. Law, de acuerdo con el gobierno, intentó realizarla disimulándola y presentó al Parlamento un decreto del Consejo que retiraba de la circulación 1.200 millones de billetes, estableciendo para los comerciantes una cuenta en Banco de 600 millones y obligando á la Compañía de las Indias á rescatar 600 millones de billetes, bajo promesa de una garantía perpetua de sus privilegios. El Parlamento se negó á registrarlos y en 21 de julio de 1720 fué desterrado á Pontoise; esto no obstante, el decreto fué promulgado y puesto en ejecución. Pero la cuenta en Banco no pasó de 200 millones y la Compañía no pudo colocar las acciones que pretendía emitir para retirar billetes. Como ésta fracasaron otras negociaciones.

Law se retiró entonces á sus posesiones de Guernande y en 10 de octubre el gobierno hizo anunciar al público que la fabricación de los billetes era mucho mayor de lo que habían autorizado los decretos del Consejo y que á partir de 1.º de noviembre dejarían los billetes de ser admitidos en pago. Law pidió pasaportes y en una silla de postas de la señora de Prie partió para Bruselas; al pasar por Valenciennes, el intendente Maubeuge, hijo de Argensón, le detuvo y preguntó á París qué había de hacer con él, habiéndosele contestado con la orden de soltar al fugitivo, el cual pasó la frontera en diciembre de 1720.

Aquel aventurero no había pensado, por lo menos, en enriquecerse y sus enemigos pudieron convencerse de su probidad cuando examinaron los libros de la Compañía de las Indias; Law había venido á Francia con 1.600.000 libras y al escapar sólo llevaba consigo unos cuantos luises.

V.—Resultados del Sistema

Falta examinar los resultados del Sistema y exponer la liquidación del mismo.

Law inició á Francia en la práctica de las especulaciones bursátiles, tan conocidas ya por los ingleses y los holandeses. Su Banco general prestó grandes servicios, pero no fué invención suya, sino sólo imitación de los de Londres y Amsterdam. Sin el Sistema, Francia habría podido implantar poco á poco las instituciones de crédito de que disfrutaban los extranjeros, al paso que después de la ruina del Sistema el hombre de banco fué en nuestro país, durante mucho tiempo, objeto de espanto. El error de Law estuvo en creer que podía imponer sus puntos de vista sobre el crédito y sobre las causas de la producción de las riquezas por la fuerza de un gobierno absoluto, cuando en una institución de crédito las transacciones han de ser libres y las cuentas públicamente discutidas. Pensó que el Regente estaba más que nadie interesado en dirigir bien el banco de Estado y éste se arruinó, en parte, por las prodigalidades de aquél. No había en Francia corporación alguna que pudiera moderar los excesos del poder, y Saint-Simón ha juzgado el Sistema en los siguientes términos: «Ese establecimiento pudo ser excelente en una